

Josep Fontana: "Las revoluciones comienzan en los lugares más desarrollados, pero es difícil llegar a toda la población"

Javier Borràs Arumí

30 octubre 2017

(Traducción de Jordi Domènech)

El historiador Josep Fontana (Barcelona, 1931) nos recibe en su piso del Poble-sec. Nos sentamos a una mesa del comedor, frente a una gran biblioteca repleta de libros. Fontana acaba de publicar *El siglo de la Revolución* (Crítica, 2017), un recorrido por la historia mundial desde 1914 hasta hoy, utilizando como eje la Revolución rusa de hace un siglo. Hablamos con él sobre los bolcheviques, Lenin, Stalin, los comunistas catalanes, la Guerra Fría o las revoluciones fallidas de los años 60. Se deslizan críticas a Orwell, Carter o Mao. Durante la entrevista, Fontana se levanta más de una vez para buscar libros que ilustren y complementen la conversación. Su mente sigue ágil, entretejiendo teorías, citas y datos.

Comencemos por los bolcheviques. El historiador Orlando Figes los define, especialmente en la etapa previa a la Revolución de 1917, como un grupo minoritario, fuertemente intelectualizado y radical, opuesto al modelo de partido de masas reivindicado por los mencheviques. Casi parecen una secta, con Lenin como líder. ¿Está de acuerdo?

Inicialmente es verdad. En el primer Congreso de los Sóviets el peso de los bolcheviques será escaso, sobre todo en comparación con el de los socialistas revolucionarios, con una afiliación campesina muy amplia. Durante la etapa del gobierno provisional de Kerenski (en que participan socialistas revolucionarios y mencheviques), los bolcheviques irán estableciendo importantes contactos con los sindicatos y, lo más relevante, reivindicarán la paz a toda costa en la Primera Guerra Mundial. Lenin obtendrá un apoyo muy amplio gracias a los decretos de paz y de reforma agraria. Los demás grupos políticos, por el contrario, quieren continuar y ganar la guerra, para después realizar una asamblea constituyente republicana. La novedad de los bolcheviques es su apuesta por cambiarlo todo inmediatamente. Esta nueva fórmula es la que impactará a escala mundial. Propusieron una vía contraria a la socialdemócrata, que defendía presentarse a las elecciones y, una vez logrado el poder, tener el lujo de cambiar las cosas. Esta fuerza les per-

mitirá dominar el Congreso de los Sóviets y obtener el apoyo campesino, sin el cual difícilmente hubieran podido resistir durante la guerra civil.

El más radical de todos es Lenin. Gran parte de los demás bolcheviques deseaba ir más despacio.

Cuando Lenin llega a Petrogrado, la mayor parte de bolcheviques no cree que la toma del poder sea posible. Lenin está en la línea de la *Crítica al Programa de Gotha* de Marx: consigue el poder, sigue adelante y cambia esta sociedad radicalmente. Tiene un programa de una ambición extraordinaria. A corto plazo, pretende poner fin al aparato represivo del Estado, a las diferencias de clase, al trabajo asalariado... Cuando llega el momento decisivo de la paz de Brest-Litovsk [pacto con las potencias centrales, que supuso importantes pérdidas territoriales para Rusia a cambio de retirarse de la guerra], Lenin decidirá que no importa lo que vaya a perderse: lo importante es salvar la revolución. Aplicará la misma mentalidad en 1921, con el inicio de la Nueva Política Económica (NEP).

La Primera Guerra Mundial fue esencial en el estallido de la Revolución de 1917. En concreto, en el caso bolchevique, el elemento pacifista será clave para ganar la simpatía de las masas.

La Primera Guerra Mundial hizo tambalearse todo, y posibilitó que se produjera un movimiento revolucionario sin que el Estado zarista tuviera capacidad para frenarlo. El inicio de este proceso es casi un milagro, pues la mayor parte de jefes de los partidos revolucionarios se hallaban en el exilio o en Siberia. Pero el Estado ya no tiene capacidad para resistir, y ello creará un agujero en el cual crecerá con mucha fuerza todo este movimiento subversivo. Llegó un momento en que las consecuencias sociales de la guerra no solo afectarían a Rusia: en Alemania, el ejército tuvo que pactar el final del conflicto porque temía que la situación podía acabar como en Petrogrado.

En el libro El siglo de la Revolución explica que había una legitimidad dividida entre el gobierno provisional de Kérenski y los sóviets. Pero el poder real debía de estar en manos casi por entero de estos últimos, a la vista de como se desarrolló el golpe de octubre de 1917.

Cuando llega la confrontación de Petrogrado, el gobierno provisional se hunde en seguida. Es prácticamente un golpe pacífico. Las descripciones de la época explican que mucha gente ni se dio cuenta de que había habido una revolución. Los teatros seguían funcionando, también los cines, los tranvías... El tejido de la ciudad está controlado. La única manera que tiene el gobierno de responder es llamando al ejército.

A pesar de esta fuerza de los sóviets, Kérenski disponía de un apoyo importante entre la población.

Kérenski mantendrá el apoyo de los sectores que respaldan el programa de la asamblea constituyente, y que ganaron las elecciones a ésta. Pero el primer problema de Kérenski es la guerra, que él desea continuar, lo cual le resta mucha legitimidad. La prueba es el escaso apoyo que tendrá. Los partidos que defienden las reivindicaciones de la asamblea constituyente tienen la esperanza de que si continúan la guerra, recibirán concesiones por parte de los aliados. Cuando eso no es ya posible, porque Lenin firma la paz, se sublevan y se producirá la guerra civil. A estos sectores se sumaron todos los enemigos de la revolución, incluyendo los antiguos zaristas, con el apoyo total de las potencias extranjeras. Hasta 13 países intervendrán en el conflicto, proporcionando armas... y, a pesar de ello, perderán la guerra. Este hecho demuestra que no tenían el apoyo mayoritario de la población. Tenían la capacidad de controlar el aparato electoral, pero no tenían un apoyo predominante. La guerra civil, la confrontación más importante, la pierden. Ya lo dijo Lloyd George, primer ministro británico: "Si Rusia es antibolchevique [...] ha de poder reunir más hombres que los bolcheviques, y con nuestro armamento y nuestra ayuda, ganarán fácilmente la guerra [...]. Pero si Rusia es probolchevique, perderemos todo lo que les enviemos, nos arruinarán y no habremos conseguido más que abrir el camino del bolchevismo en nuestro país."

Más allá del golpe de Petrogrado, diversos historiadores señalan que con la disolución de la asamblea constituyente por parte de los bolcheviques, que habían perdido estas elecciones, se iniciará de manera efectiva la dictadura de partido único.

La situación es más compleja. Teóricamente, lo que hay en aquellos momentos no es una dictadura de partido, sino un gobierno de los sóviets, es decir, de consejos regidos desde abajo, donde los sindicatos tienen mucho peso político y pueden cambiar las cosas en profundidad. El planteamiento de Lenin es: "Hemos logrado este salto para obtenerlo todo, no tiene sentido volver atrás, hacia un mecanismo viciado como la democracia parlamentaria, que solo beneficia a quienes pueden comprarla." Es la confrontación entre el modelo revolucionario y el antiguo modelo socialdemócrata. Las elecciones y la asamblea constituyente equivalen a realizar otra vez un largo camino, avanzar por pasos... y Lenin decide que no.

Hay historiadores que ven a Lenin y Stalin como una continuidad dentro del modelo totalitario soviético. No creen que Stalin traicionara la revolución, como defienden algunos sectores de izquierda. ¿Está de acuerdo?

No. La gente más seria tiene claro que Stalin inicia una nueva etapa, su propia revolución. El mismo Stalin entiende que hay diferentes fases: la Revolución de 1917, la guerra civil, la NEP... Él comienza un nuevo ciclo con unas reglas distintas: la prueba es que liquidará todos los sectores del aparato que apoyen políticas opuestas a la suya. Stalin

opta por la política de industrialización forzada, que extrae los recursos directamente de los campesinos. Es una política inversa a la NEP, que él mismo iniciará con un viaje a Siberia, donde pedirá la liquidación de todos los campesinos que se habían enriquecido en aquella etapa previa. El paso siguiente será la colectivización, una inmensa tontería, que producirá pérdidas de recursos, hambre, muertes... Stalin no es una continuidad: su política completamente diferente estará en buena medida condicionada por el temor a los enemigos externos y sus cómplices internos. Esta paranoia se alimentará, por ejemplo, del caso Trotski, que todavía cuenta con apoyos internos, sobre todo el ejército. Cuando Trotski, ya desde el exterior, publica noticias propagandísticas que revelan un conocimiento íntimo de lo que está sucediendo en la URSS, alimentará la idea de una conspiración interna. Todo ello no será más que una enorme locura, que se acabará radicalmente con la muerte de Stalin.

Sobre estas purgas de los antiguos cuadros bolcheviques, siempre hay la duda de si la causa fue la mentalidad paranoica de Stalin o un intento por consolidar el poder dentro del partido.

Stalin no tenía ninguna preocupación por la consolidación política. Se trata de un clima de terror que se extiende por muchos sectores del partido. Ahora bien, algunos lo explotarán deliberadamente, como un mecanismo para seguir adelante. Pero, en el caso de Stalin, hay sobre todo el miedo de que la revolución esté amenazada desde el exterior.

[Fontana se levanta y me muestra un libro, *El gran miedo*, de James Harris, que explica el proceso interno de las purgas estalinistas y sus motivaciones, sobre la base de los documentos soviéticos recientemente desclasificados.]

Toda esta documentación nos permite entender mucho mejor la génesis del terror. Nace del miedo de Stalin a una amenaza desde fuera, de las conspiraciones internas... y de qué manera todo ello conllevará la brutalidad de las eliminaciones, que se producirán sobre todo de 1936 a 1939.

Volviendo al tema de las colectivizaciones: habrá un fuerte conflicto entre el gobierno soviético y los campesinos, es decir, la mayoría de la población rusa.

El conflicto venía de antes, y Lenin intentará resolverlo con la NEP, que hacía ciertas concesiones a los campesinos. El drama se producirá cuando Stalin opta por la política de industrialización forzada, que obliga a los campesinos a un sacrificio muy duro, y rompe con la línea que proponía Bukharin y otros bolcheviques. Puede resultar interesante compararlo con un fenómeno posterior: la China después de la muerte de Mao, en que el Partido Comunista se encontrará con el mismo dilema. En este caso, Deng Xiaoping frenará la industrialización forzada de Mao y hará diversas concesiones a los campesinos, con el objetivo de mejorar la capacidad de consumo interior, disminuir la pobreza...

Todo ello favorecerá el desarrollo industrial y un modelo de crecimiento que, en teoría, estaba en la línea que había defendido Bukharin.

Los regímenes comunistas tenían una obsesión por la modernización a toda costa. En muchos casos, sin embargo, acabaría en desastres, muertes y represión, más que en una gran mejora efectiva de la situación de la población.

Hace un tiempo pedí la traducción del libro *El fantasma del ingeniero ejecutado*, de Loren R. Graham, que trata de la vida de un ingeniero que muy pronto denunció el error que implicaba este modelo de industrialización. Tomaron el modelo de la gran industria alemana, norteamericana, británica... que precisamente era la etapa final de este desarrollo industrial. Dilapidaron unos recursos que utilizados de otro modo hubieran podido hacer crecer la industria, de manera más lenta pero mucho más eficaz. No entendieron que la industrialización nunca había empezado desde arriba, ni a partir de una gran siderurgia. Este ideal del sistema de colectivización, basado en el *sovkhos* (la fábrica agrícola del Estado), era una tontería que no funcionaba. Es verdad que los campesinos acabaron por adaptarse a este nuevo modelo, pero los costes que se produjeron fueron enormes.

Tanto Jrushchov como Mao lanzaron proclamas optimistas muy dudosas. Los rusos decían que en 20 años superarían a Estados Unidos, mientras que China decía que en 15 años adelantarían al Reino Unido. Su legitimidad como régimen estaba basada, en buena parte, en el cumplimiento de estas promesas de progreso.

El Gran Salto Adelante de Mao es una locura total, donde se dilapidan los recursos y pretenden partir de cero. En el caso de Jrushchov, se trata de un optimismo exagerado, pero que tenía un cierto sentido, ya que intentó ciertas políticas en esta dirección, frenó los excesos en el gasto militar... A pesar de ello, esta esperanza se acabó por dos motivos. El primero, el altísimo gasto militar, especialmente después de la amenaza que representó el conflicto de los misiles en Cuba, y el sostenimiento de una política de MAD (Destrucción Mutua Asegurada). En segundo lugar, un factor que fue fatal, sobre todo en la etapa final de la URSS: el coste de mantener el imperio. Sostener a Cuba, por ejemplo, les costaba un riñón. Incluso hay un momento en que, ya en la etapa de Gorbachov, están tan enfadados que piden que *el Barbas* no se dedique a hacer la revolución sobre la base de consumir el PIB soviético. También está el caso de los ineficientes países de Europa oriental, donde se hallaban las guarniciones militares rusas. Moscú pagaba los costes de mantenimiento, concedía créditos que luego no se devolvían, vendía petróleo y gas por debajo de los precios de mercado... Todo esto pesó mucho.

Vayamos a Cataluña. La Revolución rusa tuvo una recepción heterogénea entre las fuerzas políticas catalanas. Los conservadores, obviamente, se opusieron, pero también sectores republicanos, que vieron a Lenin como un aliado de los alemanes y a Kérenski

como al gobernante legítimo. Es interesante el caso de la CNT, que inicialmente verá con buenos ojos la toma de poder bolchevique.

¡Solo inicialmente!

[Fontana se levanta de nuevo y me trae otro libro, *La Revolució russa i Catalunya*, de Josep Puigsech, donde se explica la relación entre los catalanes y la URSS desde 1917 hasta 1939.]

De entrada, Lenin tiene un planteamiento que convence a los anarquistas. Pero estos creen que todo lo que proponen los bolcheviques se consigue por sí solo. En cambio, Lenin tiene muy claro que si quieres consolidar estos cambios, primero hay que destruir las resistencias y crear un nuevo aparato para seguir adelante. En esto chocará con los anarquistas. Los primeros contactos entre la CNT y la URSS serán sobre todo por medio de Andreu Nin...

Y también de Ángel Pestaña, que viajará con Nin a la URSS como enviado de la CNT. Pestaña realizará un informe muy crítico, mientras que Nin decidió quedarse en Moscú.

También está el caso de la aventura de Francesc Macià, que irá a entrevistarse con Bukharin para que la URSS apoye la independencia de Cataluña. Después las cosas serán distintas. La guerra civil cambiará muchas cosas, y el fenómeno importante será el del PSUC, el único partido que, teóricamente, logra cumplir el propósito de la Internacional Comunista de refundir socialistas y comunistas en un partido unificado. Por esta razón, el PSUC será el único partido afiliado a la Internacional sin representar a ningún Estado.

Es un caso totalmente excepcional.

Lo es. Esto explicará cierto momento, durante el franquismo, en que el PCE propone realizar cambios y hacer desaparecer el PSUC. Por parte de los núcleos intelectuales habrá resistencia (a mí mismo me costó discusiones con Gregorio López Raimundo), ya que no se podía renunciar a lo que significaba el PSUC, en cuanto pervivencia de una línea histórica.

Orwell aseguraba que en la época de entreguerras los partidos comunistas eran emisarios de la política exterior de Moscú.

Ahora corre por la red un artículo de Paul Preston sobre *Homenatge a Catalunya*, en el que explica que Orwell no hace demasiada buena historia. Orwell estaba en un grupo mal situado y marginado. No se da mucha cuenta de lo que está sucediendo en Barcelona durante los Hechos de Mayo. Además, es un individuo que acabará vendiendo a los servicios de información británicos los nombres de personas que consideraba cómplices de los comunistas. Orwell tiene una historia extraña, pero él no es el problema.

El problema real es lo que sucederá aquí durante los Hechos de Mayo y lo que representa el POUM, si todos los que están dentro es gente limpia... Está claro que el conflicto provocará una situación tan lamentable como el asesinato de Nin, ejecutado por los servicios secretos soviéticos. Pero muchas veces se olvida que, por el contrario, cuando se produce el juicio contra la gente del POUM, no se ejecutará a nadie, no habrá ninguna matanza. Y además dentro del POUM hay determinadas personas que por cosas que uno ha visto y ha leído, en sus memorias publicadas y no publicadas... Como el caso de Gorkin, que uno no está muy seguro de si era una figura demasiado limpia. Es una historia compleja. Toda la historia de la guerra civil en Cataluña lo es, y hay que hilar muy fino. No hace mucho me sorprendí con unas fotografías que tomó por toda España un miembro de los servicios sanitarios británicos. Eran imágenes de la Fiesta del Libro de Barcelona en 1938, en las que se veían las paradas de venta. En una foto se ve a alguien leyendo un ejemplar de la Biblia. Aquí había estands literarios donde se vendía la Biblia, mientras que en el otro bando no había ni siquiera paradas de libros.

Volviendo a la época de entreguerras, usted es crítico con la socialdemocracia, especialmente con la alemana.

Cuando finaliza la guerra, la socialdemocracia alemana decide que el comunismo es su enemigo. El propio jefe militar alemán lo publicó en sus memorias: la socialdemocracia pactó con el ejército alemán combatir la propagación del comunismo, apoyando las salvajadas de los "cuerpos libres" (Freikorps), que masacraron a la población. Es una crítica fácil de hacer. Posteriormente, creo que el problema será una confianza excesiva en el tipo de pactos que establecieron a finales de los años 20, por ejemplo con la gran industria, en un momento en que la economía va muy bien. Cuando llegue el cambio, los tomará totalmente desprevenidos. No serán capaces de resistir, se hundirán y dejarán la puerta abierta al giro de la gran industria y la entrada en el poder de Hitler.

También critica la gran distancia entre el discurso revolucionario que mantenían y el pactismo que llevaban a cabo.

Esto ya había ocurrido antes: es lo que provoca la crítica de Marx a los programas socialdemócratas. A finales del siglo XIX y comienzos del XX, los partidos socialdemócratas apuestan por jugarse el futuro en la política parlamentaria. Al mismo tiempo, saben que necesitan mantener la retórica revolucionaria para conservar el apoyo de los trabajadores que aspiran a fuertes cambios sociales. Un hecho que muestra claramente este juego es que dos años antes de comenzar la Primera Guerra Mundial, clamarán contra la guerra imperialista durante el Congreso de Basilea. Llamarán a los trabajadores a negarse a que los gobiernos imperialistas vayan a la guerra... y, al cabo de dos años, votarán los créditos de guerra y apoyarán el conflicto, además de pedir a los obreros que no hagan huelga y apoyen al gobierno. Este juego es frecuente en la socialdemocracia. Aquí mismo tenemos un partido que se califica de "socialista obrero", y la señora que quería

ser su secretaria general nunca ha tenido un trabajo decente, nunca ha trabajado para conseguirse un salario.

Pero ahora sí que han dejado atrás el discurso revolucionario.

Sí, porque tuvieron que hacer el cambio como consecuencia de la Guerra Fría. Tuvieron que hacer aquello de "abandono Marx", como cuando bautizan a los niños y les dicen "renuncia a Satanás". Seguir pretendiendo que su política es para la rendición de las masas... Han renunciado a todo.

Entremos en la Guerra Fría. Un argumento habitual es que gracias a la existencia de la URSS, al temor que generaba, se consiguieron mejoras sociales en Europa.

El argumento que defiende es que el modelo de la Revolución rusa tuvo la trascendencia de generar esperanzas en todos los demás movimientos. Por ejemplo, es muy importante el papel que desempeñará en la emancipación colonial. Al mismo tiempo, esta esperanza genera un temor y una resistencia por parte del orden establecido. Necesitan mantener las cosas como están y combatir la influencia del comunismo, más que de la Unión Soviética. El peligro es que el comunismo se expanda a sus sociedades. Crearán un aparato represivo y, además, promoverán una política orquestada por la CIA cuyo objetivo es corromper a la intelectualidad norteamericana y europea, llevándola a adoptar una actitud netamente anticomunista y conservadora.

Al margen de los efectos represivos, también tendrá lugar, claro, un reformismo del miedo. Se necesita una propaganda de hecho: debes permitir —como ocurrió desde la etapa de Truman— que la gente obtenga las mismas ventajas sin necesidad de la violencia de una revolución. Esto ayuda a entender aquellos años felices (no en el caso español, con Franco) que van de 1946 a 1975, en los que hay más igualdad que nunca, los salarios mejoran, los sindicatos tienen fuerza... El temor al enemigo de enfrente es uno de los mecanismos que permiten explicar todo esto. Pero también es importante para comprender su final: el modelo se acabará, por un lado, porque el fantasma del imperio soviético va perdiendo fuerza, pero, sobre todo, porque cae la capacidad revolucionaria de los partidos comunistas.

¿A partir de cuándo?

El Mayo del 68 es una prueba muy clara: en París, los estudiantes creen que están ayudando a cambiar el mundo y, por el contrario, el Partido Comunista y los sindicatos dicen a los trabajadores que todo esto se ha acabado, que hay que negociar una mejora salarial, y que los estudiantes mejor que se vayan a hacer la revolución a la universidad. Por otra parte, los hechos de Praga demostrarán que el comunismo no tiene capacidad para seguir renovándose y crecer. A partir de aquel momento, el presidente Carter, seguido de Reagan y Thatcher, criticarán ese modelo, y proclamarán que para conseguir el pro-

greso económico es necesario que los empresarios paguen menos impuestos y liquidar a los sindicatos. Con esto se eliminan los dos elementos que permiten mantener una cierta igualdad: en primer lugar, la capacidad de los sindicatos para negociar condiciones de trabajo y mejoras salariales; y, en segundo lugar, la capacidad de los gobiernos para obtener recursos fiscales de los empresarios y de los ricos, para pagar los servicios sociales. Si pierdes estos ejes, nos encontramos con una situación como la actual, en la que hay unos sindicatos débiles (que carecen de capacidad para obtener concesiones y resistir una reforma laboral) y unos Estados sostenidos en mayor medida por impuestos del tipo del IRPF, que pagamos entre todos, ya que las cargas fiscales que pagan los grandes empresarios y la banca han quedado reducidas al mínimo. Estamos en un momento en que no hay ninguna amenaza contra todo esto. En aquel entonces, todos creíamos que los pactos posteriores a la Segunda Guerra Mundial continuarían. Seguiríamos negociando, la producción aumentaría, la riqueza se repartiría... Pero, desaparecida la amenaza, todo eso se corta. Y entonces, ¿cómo lo recuperas? Podrán hacerse todos los discursos que quieras, pero si no restableces los dos ejes que sostenían el modelo de posguerra, no es posible romper con la actual desigualdad creciente.

Quizá los sindicatos y partidos de izquierdas no fueron conscientes del peso del temor al comunismo soviético. Ignoraban que buena parte de su fuerza se basaba en ese temor externo, y que era necesario prepararse para vivir en un mundo donde no tendrían este recurso.

No podían entenderlo. No fueron solo ellos; todos creímos lo mismo. Pertenezco a una generación que creía que el curso de la historia había cambiado. Inventamos esa visión de la historia como un progreso continuo, en que el futuro sería democrático y tendríamos capacidad para seguir mejorando, para seguir negociando... un futuro en el que los partidos comunistas tendrían un papel muy importante. El propio Stalin es quien al acabar la guerra dice a los partidos comunistas europeos que no hagan la revolución, que el futuro se puede ganar por medio de los mecanismos de la política parlamentaria. Se engañaba totalmente, porque los otros no estaban dispuestos a aceptarlo: llegado el momento, los echarán de los gobiernos a fin de recibir la ayuda norteamericana. Todas estas posibilidades de mejorar y negociar hicieron que, por ejemplo, los sindicatos norteamericanos renunciaran a planteamientos políticos. Se limitaron a la negociación, y no pudieron plantar cara a las políticas que vendrían. Es la tragedia, la historia del éxito y el fracaso de los movimientos sindicales. Los sindicatos británicos, posiblemente los que tenían una tradición más longeva del mundo, no hicieron más que una sola huelga general en toda su historia, en los años 20, y la perdieron. Solo estaban preparados para negociar. Los sindicatos de la Alemania de Weimar estaban acostumbrados a pactar, no fueron audaces para lanzar a la gente a las calles. El éxito de esta etapa de negociaciones y de mejoras hizo perder la capacidad de resistencia.

Otra de las esperanzas de posguerra fue el apoyo al derecho a la autodeterminación, que tanto Estados Unidos como la URSS planteaban en su retórica, pero que no secundaron de manera efectiva.

Ninguno de los dos lo hizo. Los soviéticos no lo aplicaron nunca; solo hablaban de lenguas, costumbres... Y, por otro lado, la figuración como derecho dentro de la ONU nunca ha tenido ninguna aplicación. El único caso será el equilibrio europeo después de 1989, en que se producirá un asalto a un Estado constituido, Yugoslavia. Se trata de un acontecimiento muy especial, en que se argumenta que aquello no es un Estado, sino una república federal con Estados diferentes. Ahí serán los alemanes los interesados en convertir a Eslovenia en un satélite económico propio. Romperán las reglas de juego y apoyarán la independencia de Eslovenia y Croacia, sin esperar a que decida la Unión Europea.

Leyendo su libro parece que durante la Guerra Fría la parte más activa fue Estados Unidos, mientras que la URSS actuó sobre todo a la defensiva.

Los norteamericanos sabían perfectamente —ya lo dijo Eisenhower— que no tenía ningún sentido conquistar la URSS y China. Puedes aplastarlos, puedes arrojar bombas, pero no puedes ocupar todo aquel territorio, no tienes capacidad para ello. Lo mismo vale para el otro bando. Recuerdo cuando salían aquellas fantasías en las películas en que los rusos conquistaban América... cuando carecían siquiera de una flota para transportar la gente allá. Los japoneses, por ejemplo, atacaron China, pero solo ocuparon algunas zonas de la costa: no disponían de más capacidad. Solo deseaban que el país se rindiera. En cuanto a los norteamericanos, tenían planes para aplastarlo todo, pero no para ocupar. Y los rusos tenían planes para responder. Este era el peligro: que un error provocara la respuesta de los otros. La idea de Jruschov era tener bases en la costa de China, con una serie de submarinos con misiles atómicos. Mientras que una base de misiles puedes destruirla, los submarinos no sabes dónde están; puedes generar temor en todas partes. Pero Mao, en aquellos momentos, no estaba para estas bromas.

China y la URSS fueron enemigos durante buena parte de esta etapa. Pero durante mucho tiempo, Estados Unidos mantuvo la idea de que el bloque comunista era monolítico. Académicos como Hans Morgenthau lo intentaron desmentir, pero fueron marginados. Esta visión ortodoxa desembocó en operaciones tan desastrosas como la guerra de Vietnam.

El miedo genera muchos prejuicios. Truman y Eisenhower no entendieron que el caso de Ho Chi Minh podía ser como el de Tito, es decir, fundamentalmente de nacionalismo. Vietnam no tendrá el apoyo de Rusia y China al inicio, sino después. Esta incomprensión estaba generada por el propio miedo: el caso más escandaloso es el de Johnson, que empezará la guerra, creyendo que hay un intento comunista por conquistar toda Asia. Tienen la idea del monolitismo (la creencia de que todos estos movimientos vienen de

Moscú) y la idea del contagio, según la cual si un país cae, todos los demás seguirán el mismo camino. Ven fantasmas por todas partes.

Pero luego vendrá la etapa de Nixon, que sí utilizará en beneficio propio las diferencias entre China y la URSS.

Nixon es el primero en darse cuenta de que las cosas pueden hacerse de manera diferente. Pacta con China, y también está dispuesto a pactar con la URSS. Desea resolver estos temas; era una política lógica. Pero contra esta política de distensión de Nixon actuarán Ford, la CIA de Bush y el "equipo B" de Pipes, argumentando que la distensión es un error inmenso, ya que hay una amenaza enorme que acabará devorándonos rápidamente. Son unas fuerzas internas con ese temor, esa obsesión, esa incapacidad de ver con claridad llevada a extremos delirantes.

Una época en que podía entreeverse una posible segunda revolución fueron los movimientos de los años 60, en que los jóvenes tuvieron una gran participación. Pero, visto en perspectiva, fueron un gran fracaso.

Es la época en la cual vivíamos con estas ilusiones, cuando en Estados Unidos había los *hippies*, los estudiantes... Creían que podían cambiar la sociedad, y luego descubrieron que era más difícil de lo que pensaban. No solo por la capacidad represora del Estado, sino porque había un conjunto muy amplio de la población que no estaba dispuesto a cambiar tan deprisa. Esto se ha visto en las últimas elecciones donde ha ganado Trump: demuestra que una gran parte de la población está más dispuesta a dar marcha atrás que a ir hacia adelante. Pero, en aquellos momentos, mucha gente creyó en ello... Las revoluciones a menudo empiezan en los centros de población más desarrollados, con la participación de trabajadores organizados y de estudiantes, pero es muy difícil que se extiendan al conjunto de la población. Actualmente, puedes conseguir que un partido de izquierdas obtenga buenos resultados electorales en Madrid, Barcelona o Valencia, pero será muy difícil obtener estos resultados en León, Zamora o Galicia.

*Diez años después, en los 80, se producirá una revolución islámica en Irán, y la URSS invadirá Afganistán, donde tomarán fuerza los *muyahidines*, germen del *yihadismo global*... Ahí sí que empezó una revolución, en ese caso reaccionaria, que todavía perdura.*

El conflicto de Afganistán no lo empezaron los rusos, sino los norteamericanos, que alimentarán esa revolución islámica porque Brzezinski [consejero de Seguridad Nacional de Carter] está convencido de que se trata de una fuerza positiva. El enorme error será actuar en Oriente Medio, apoyando a Israel, interviniendo en Irak... Todos estos hechos provocan esa gran guerra, muy distinta, religiosa, que no se sabe cómo acabará, y que se alimenta cada día. Cuando se produce la Primavera Árabe, Estados Unidos la abandonará completamente. Obama simplemente se dedicará a bombardear. Con esto no se logra más que alimentar el odio, matando a mujeres y niños. He leído una noticia en *The*

Guardian que me ha alarmado: han condenado a dos años de cárcel al gobernador de Yakarta por blasfemia. Eso significa que en Indonesia el peso del integrista islámico está avanzando.

Cuando, en principio, se consideraba a los países musulmanes del Sudeste asiático como una zona libre de radicalismo...

Aquí se ha creado un problema que será muy difícil de resolver. Pero esto ya lo dijo Andrew Bacevich en un libro...

Sí, en America's war for the Greater Middle East. Su tesis es que todo esto se inició con la doctrina Carter de proteger el petróleo de Arabia Saudita a cualquier precio, incluso desplegando tropas en Oriente Medio.

Primero fue la doctrina Carter, pero luego vendrá la locura de Bush hijo, convencido de que está luchando contra el Mal. Es un cristiano converso, de juventud de borrachera y fiestas, que cuando intenta que los franceses se sumen a la guerra de Irak, realiza una famosa llamada de teléfono donde cita textos de la Biblia.

Por último, me gustaría preguntarle por la Rusia postsoviética. La escritora Svetlana Aleksievich habla de una continuidad del denominado Homo sovieticus, autoritario e imperial, encarnado en la figura de Putin. ¿Cree que existe esa prolongación ideológica?

Hay una nostalgia de los tiempos en que Rusia era un país serio y respetado. Hay problemas de la etapa posterior a la URSS que deberíamos explorar, como los retrocesos efectivos en los niveles de vida de determinados países de la Europa del Este. Hay una cierta melancolía que, a pesar de lo mal que iba todo aquello, actualmente hay cosas que todavía van peor.

Fuente original:

"Entrevistes. Josep Fontana: 'Les revolucions comencen als llocs més desenvolupats, però costa arribar a tota la població", *Crític*, 30 octubre 2017.

<http://www.elcritic.cat/entrevistes/josep-fontana-els-fets-de-praga-van-demostrar-que-el-comunisme-no-tenia-capacitat-de-renovar-se-i-creixer-16907>